

## FRANCOIS MITTERRAND

### Memoria a dos voces

RODRIGO BUSTAMANTE

*Francois Mitterrand [y] Elie Wiesel*  
*Memoria a dos voces*  
*El País/Aguilar Madrid, 1995*

Dos ideas recorren este diálogo fraterno: la libertad y la esperanza. El texto está salpicado de breves reflexiones, recuerdos entrañables, una que otra aclaración a impugnadores y algunos consejos prácticos. No se trata, sin embargo, de una memoria grandilocuente, y si bien a cada paso en la lectura sentimos la agilidad mental de los conversantes, no faltan aquellos ratos medio vacíos en que la plática disminuye su brío, como si tratara de recuperar el aliento, lanzándose de nuevo en busca de más recuerdos.

La libertad y la esperanza, decíamos, son dos temas que recorren estas páginas, aunque un poco de manera tenue; las referencias directas a una y otra son pocas, pero discernimos en el ánimo que lleva a Mitterrand a narrar la aventura de su vida –siempre con el contrapunto provisto por Wiesel– una satisfacción constante que nos dice que está contento con lo que ésta ha sido y que aun en ese entonces en que la plática tuvo lugar, consigue reunir fuerzas para, sintiendo la muerte cercana, conservar suficientes esperanzas.

Un momento lúcido ocurre cuando Wiesel hace girar la conversación hacia el tema de la guerra (que para él y para Mitterrand forma un poderoso recuerdo común) y lanza al aire esta flecha tomada del propio Mitterrand: "la libertad es una ruptura", a lo que él responde: "...en la práctica, la libertad se conquista, ...es pasar de un estado a otro, es arrancarse de algo". Para Mitterrand este salto es necesario, como también lo es resistirse a la inacción; la pérdida de la libertad puede resultar cómoda, aun en la miseria, pues la comodidad nace naturalmente en el seno de un orden establecido, incluso cuando ese orden atenta contra uno mismo. "Hay que preferir otro tipo de comodidad –nos dice–, la de la libertad de la inteligencia, para poder romper."

Después de caer herido en 1940, Mitterrand fue transferido a un campo de prisioneros en Lunéville, y más tarde a uno de Alemania, del que intentó fugarse tres veces durante 1941, hasta lograrlo la tercera vez, ya hacia 1942. Es interesante, según nos cuenta, que aun en aquellos campos de prisioneros y bajo condiciones muy difíciles, su escapada representase no sólo enfrentar las alambradas, sino también romper con el estado de sometimiento en que se encontraba y que poco a poco se volvía rutina. Pudo haberse quedado, pero resolvió salir, cruzar las líneas enemigas, volver a la Francia ocupada y participar activamente en la resistencia. Wiesel apunta que "la libertad de no ser libre quizá sea otra forma de libertad", pero es más bien la elección lo que nos enfrenta a tomar un camino u otro, y la posibilidad de escoger es la prueba de que tenemos la libertad.

Abstrayéndose del ajetreo que debió significar su vuelta a Francia, Mitterrand parece querer decirnos que esos momentos en que él conquistaba su propia libertad, rompiendo con su pasado inmediato, vierten también una luz especial sobre otra faceta más íntima del hombre, la de dejarse llevar por su instinto, o por su naturaleza primaria. No es casual que la primera parte del libro esté dedicada a la infancia tanto de Wiesel como de Mitterrand, es decir, al origen. El hombre tiene la capacidad de regresar siempre a ese origen; tiene en efecto la libertad de llevar a cabo esta vuelta a las primeras impresiones y primeras armonías de sí mismo, y encontrar que en ellas su condición es en esencia indefinida, proteica, y a la vez poderosa. Estas ideas transitan a lo largo del libro por debajo de la conversación, como su sustento oscuro. Una y otra vez Mitterrand nos convence de su profunda espiritualidad, una curiosa cualidad para un hombre que fue parte inseparable de la vida pública de Francia durante más de 50 años de historia intensa y hasta convulsa. Este carácter lo impulsa a decir, por ejemplo, que "el hombre, en la conquista de su libertad, en su progresiva liberación, en su dominio del mundo, en el desarrollo de su inteligencia, es portador de un mensaje que le sobrepasa".

Imagino que el tema de lo imperioso de la libertad, del que se ha hablado en Occidente desde Heráclito hasta Rollo May, no fue ajeno a quienes en este libro conversan. Mitterrand aparece en estas memorias no como el estadista —que ciertamente sí fue—, sino como un hombre más cercano a la sencillez de sus primeros años, un hombre profundamente enriquecido por la historia, concientizado de sí mismo y de su entorno, sensible a la preocupación por buscar respuestas en el devenir de los hombres; un agnóstico, sin duda, pero poseedor de algunas convicciones prácticas. Sus reflexiones sobre la libertad lo llevan incluso a recordar el humanismo de Pico delta Mirandola, quien en 1486 dibujó certeramente los contornos de la libertad en la nueva imago homini renacentista, y a criticar sin embargo su fanatismo por Jerónimo Savonarola. De esta forma, con referencias a muchas de sus lecturas, Mitterrand recorre temas, recuerdos, situaciones. De ninguna manera los asuntos tratados en esta larga charla están agotados, sino apenas quizá sugeridos, aunque con una fuerza especial que nos impele a rebuscar en nuestra propia memoria otros recuerdos, otras ideas, otros cuestionamientos.

La creencia en la libertad lleva a la esperanza, y así es como Mitterrand y Wiesel gradualmente transitan hacia escenarios más concretos en donde las presiones de un mundo real contradictorio, no menos que los temores o las ansiedades fraguadas a lo largo de las propias experiencias vitales, dan nuevos matices a la conversación. El ejercicio de la libertad sólo es posible cuando existe un sentido de propósito en el individuo, tanto en aquellas circunstancias en que la libertad se percibe como la condición propia, ineludible y permanente, como en los momentos en que la ruptura nos coloca de nuevo ante el luminoso vacío creado por la elección, por el optar mismo. El propósito, por decirlo así, en la realidad construida por detrás de la inmediatez de los hechos —en tanto la convicción de que la distancia entre esa realidad prefigurada y lo dado es salvable— constituye la esperanza; éste sería el dato básico de la acción intencionada. Desde luego, esta situación elemental se desdobra y se complica infinitamente a cada momento, más aún en las situaciones colectivas. Sin embargo, la práctica de Mitterrand nos sugiere que este escenario sencillo es suficiente para no dejar caer los brazos cuando se trata de conflictos en apariencia irresolubles.

Wiesel conduce la conversación hasta dar de lleno con Palestina, y nos alerta; éste "es un terreno minado". Tema ineludible, pues Elie Wiesel escapó del campo de concentración, y escapó así de la muerte anónima, enfilándose junto con la nación judía hacia la compleja formación del Estado de Israel. Mitterrand, a su vez, fue siempre un activo defensor de los derechos de árabes e israelíes en Medio Oriente, conocedor de las numerosas trampas que la historia ha dispuesto para los esfuerzos de paz en la región. No faltaron para él las entrevistas, y aun en ciertos casos la amistad con figuras clave en el desenvolvimiento político en Levante, como Golda Meir, Moshe Dayan o Yasser Arafat. Al existir dos pueblos y una sola tierra para lograr una solución, ésta se antoja imposible; "hay tanta esperanza —dice Wiesel— ligada a un cúmulo tal de desdichas, que el asunto da miedo", "Reina la confusión", dice a su vez Mitterrand, y prosigue: "Hay un modo de resolver este problema, pero no lo expresaré en alta voz, para no incurrir en un exceso de arrogancia. Creo que hay que deshacerse, en uno y otro bando, del espíritu de dominación. Ciertamente, conviene ser intransigente a la hora de defender el derecho a residir en esa tierra. Pero hay que ser más abiertos, más sutiles, más humildes, y no convertir el amor a la patria en un instinto de dominación. La dificultad estriba en que los dirigentes políticos, e incluso los pueblos, asocian el instinto de dominación al instinto de supervivencia. En las relaciones entre árabes y judíos, en el interior de Israel, o en Cisjordania, ese problema surge todos los días."

Mitterrand no ocultaba su esperanza de que este conflicto pudiera encontrar cauces de solución, aunque los acontecimientos recientes, aun después del acuerdo histórico para reconocerle a la OLP dominio legítimo sobre algunos de los territorios ocupados, muestran que incluso el más elemental *modus vivendi* puede fracturarse a la menor provocación. Es interesante constatar cómo en la elocuencia de sus últimos años, Mitterrand deja de lado un realismo que acaso le haya sido más útil en épocas anteriores, y declara con firmeza que "el poder político se basa en la esperanza que éste encarna". ¿Es acaso esta una afirmación propia de los últimos días de un líder cansado o es una muestra de sabiduría larga-mente madurada por el político francés?

Mitterrand trata de explicar a su interlocutor que es posible discutir filosóficamente sobre la ilusión del poder, relacionándolo con la esperanza, con ese afán tantas veces declarado de conseguir el bien que los ciudadanos exigen, pero tantas veces olvidado a cambio de un puñado de privilegios oscuros. El poder no es ilusorio —dice Mitterrand—, "...el poder es siempre temible"; nada menos cuando sabemos que desde el poder es posible separar a personas que se quieren, o destruir a un pueblo. "Quien lo ostenta debe, si no sentir miedo, sí al menos permanecer extraordinariamente vigilante acerca de la naturaleza y alcance de su propio papel. Si es inteligente, buscará contrapoderes." En otras palabras, si el político que ha alcanzado el poder busca resistir a la tentación de ejercerlo arbitrariamente, sólo lo logrará si él mismo crea los celadores de su propio poder, de otra forma carecerá del justo equilibrio que como político necesita. "Cuando se lleva el peso del poder, hay que organizarse para soportar sus excesos."

Aquí la referencia a las instituciones es obligada y Memoria a dos voces la incorpora en varios de sus mejores párrafos. La larga tradición democrática liberal occidental nos dice que éstas constituyen el mejor remedio para evitar la anarquía a los caprichos de la multitud, y que las instituciones garantizan lo que llamamos Estado de derecho: los

contrapesos entre los poderes resultan casi siempre en un balance aceptable para mantener un sistema de libertades y un gobierno responsable. Pero Mitterrand pide al político ir más allá en el asunto, pues debe él mismo hacer un esfuerzo mayor para someterse al esquema institucional (si es que éste de alguna forma existe y es razonablemente eficiente) y crear en torno de sí mismo los contrapoderes que le salvarán de la arbitrariedad, pues es la obligación del poderoso ayudar a establecer los mecanismos permanentes de control sobre quienes hablan y obran en nombre de la sociedad. Mitterrand nos confía que él mismo impuso límites a su propio poder, ya que "a partir de 1958, el presidente de la República Francesa, mientras tuviese el consentimiento popular, podía actuar prácticamente en todos los campos. Él mismo era su único freno". La personalidad del estadista juega, pues, un papel relevante en la construcción del edificio institucional. A la manera del observador independiente, el político que ha alcanzado el poder debe contribuir desde su privilegiada posición a hacer efectivas, la mayoría de las veces sobre sí mismo, las leyes y los principios que conciben el balance de poderes. Como siempre, el poder habrá de ser juzgado por sus actos, y por las consecuencias de estos; a fin de cuentas, "o bien los sufrimientos humanos han aumentado, o bien se han reducido, porque se ha logrado poner la base para que haya un poco más de alegría, de libertad, de equilibrio, de reflexión, de saber".

Al igual que otros libros de memorias de un político famoso, éste será, al menos por un tiempo, una lectura frecuentada por políticos en todos lados. Es común ver que un texto como éste sea obsequiado una y otra vez en círculos políticos, a veces como un gesto de cordialidad, otras –las menos– como un mensaje velado en el que se espera que el destinatario encuentre entre sus páginas alguna referencia, algún elogio, y hasta un reproche, que no pudieran ser dichos directamente. Es el caso de las memorias dialogadas de Mitterrand y Wiesel sí hay párrafos que servirían a los buenos propósitos de más de un político.